

RELACON.

EN MUGER

VENGA ZA HONROSA.

**R**eyna insigne de Sicilia,  
 en quien pusier los Cielos  
 de prudente tantas partes,  
 de hermosos tantos extremos,  
 para darte relacion  
 de mis tragicos sucesos,  
 de mis inmensos fracasos,  
 préstame un rato silencio.  
 Es mi Patria Alexandria,  
 Ciudad de Egypto,  
 la primera luz mis ojos  
 en el registro del tiempo.  
 Mis padres, que se llamaron  
 Blanca Leonida, y Anasperta,  
 si no bien afertunados  
 de nobleza poco escudados,  
 me pusieron Leonida  
 en quien los Astros  
 influveron mil desdichas  
 conmutaron mil porrazos  
 el qual nombre me trocáron  
 en Lauro, solo por efecto  
 de un insulto, que me causó  
 si me estás atenta, esto.  
 Desde mis pueriles años  
 (que como es el amor, que  
 no pone freno á los deseos,  
 ni dá vergüenza á los viejos)  
 puse los ojos humidos  
 ó mejor di, é soberbios  
 en un Angel, en un sol;  
 y por no gastar el tiempo  
 en la mas bella criatura,  
 que pintó el pincel  
 desde que dió ser a

campo Damasceno.  
era Flora, en quien puso  
le espacio, tan a tiempo  
lo sus perfecciones,  
alta encarecimiento.  
en le vi tres lustras  
blanca Aurora Febo  
menzé, desde entonces  
er á Flora paseos,  
adola villetes,  
adola mil requiebros,  
endola mil vidas,  
ola de mis tormentos  
che parte en sus rejas,  
de siempre (caso adverso!)  
voces se hizo sorda  
e hircana á mis requiebros,  
llanto peña dura,  
quejas qual de azero,  
tendida á mis cartas,  
ga á mis galanteos.  
pues, pasé tres años,  
er tan solo un premio  
de colgar mi esperanza,  
do que el sufrimiento,  
tantas dilaciones,  
a apuando, soberbio  
eterminé á pedir la  
Padre en casamiento.  
ñor, yo vasallo,  
onde, yo Caballero  
o de humildes Padres;  
Padre del rico Cielo  
ora, cosa que hacia  
i lastimado pecho

13/

226 (31)

C  
001  
014  
(21)

2 400 40

पुनः

## RELACION.

## EN MUGER VENGANZA HONROSA.

**R**eyna insigne de Sicilia,  
 en quien pusieron los Cielos  
 de prudente tantas partes,  
 de hermosos tantos extremos,  
 para darte relacion  
 de mis tragicos sucesos,  
 de mis inmensos fracasos,  
 préstame un rato silencio,  
 Es mi Patria Alexandria,  
 Ciudad de Egipto, dó vieron  
 la primera luz mis ojos,  
 en el registro del tiempo.  
 Mis padres, que se llamaron  
 Blanca Leonida, y Lanspergio,  
 si no bien afortunados,  
 de nobleza poco esentos,  
 me pusieron Leonido,  
 en quien los Astros opuestos  
 influyeron mil desdichas.  
 conmutaron mil portentos:  
 el qual nombre me he trocado  
 en Lauro, solo por miedo  
 de un insulto, que sabrás  
 si me estás atenta, presto.  
 Desde mis pueriles años  
 (que como es el amor ciego,  
 no pone freno á los niños,  
 ni dá vergüenza á los viejos)  
 puse los ojos humildes,  
 ó mejor dié soberbios,  
 en un Angel, en un Sol;  
 y por no gastar el tiempo,  
 en la mas bella criatura,  
 que pintó el pincel Supremo  
 desde que dió ser al barro

en el campo Damasceno.  
 Esta era Flora, en quien puse  
 tan de espacio, tan á tiempo  
 el Cielo sus perfecciones,  
 que falta encarecimiento.  
 Visitarle vi tres lustros  
 á la blanca Aurora Febo  
 y comencé, desde entonces  
 á hacer á Flora paseos,  
 embiandola villetes,  
 diciendola mil requiebros,  
 ofreciendola mil vidas,  
 dandola de mis tormentos  
 de noche parte en sus rejas,  
 aunque siempre (caso adverso!)  
 á mis voces se hizo sorda.  
 Tygre hircana á mis requiebros,  
 á mi llanto peña dura,  
 á mis quejas qual de azero,  
 desentendida á mis cartas,  
 y ciega á mis galanteos.  
 Así, pues, pasé tres años,  
 sin tener tan solo un premio  
 en que colgar mi esperanza,  
 y viendo que el sufrimiento,  
 para tantos dilaciones,  
 se iba apurando, soberbio  
 me determiné á pedirle  
 á su Padre en casamiento.  
 Era señor, yo vasallo,  
 él Conde, yo Caballero  
 nacido de humildes Padres;  
 yo es Padre del rico Cielo  
 de Flora, cosa que hacia  
 en mi lastimado pecho,

concluyentes silogismos  
con mil argumentos ciertos,  
que era vana mi esperanza,  
imposibles mis funestos  
amores: mas como ya  
estaba en esto resuelto,  
pedila con mil caricias,  
y negómela con fieros,  
que un poderoso se aborra  
de cortesés cumplimientos.  
Murió el Conde de allí á poco,  
y quedó Flora vertiendo  
dos mares de ricas perlas,  
que arrojaba el sentimiento.  
Entendí yo ya, que habia  
concluido por lo menos,  
con los desdenes de Flora,  
y de mi amor los desvelos,  
quando llegando á dar  
el pesame á su aposento,  
que de mil funebres paños  
estaba todo cubierto,  
me dixo tales razones,  
y tan resueltas, que pienso  
ella me le dió á mi grande,  
no un pesame, sino ciento.  
Obedecila cortes,  
aunque triste, no queriendo  
perder por adelantarme,  
las esperanzas, que el ciego  
niño amor me concedia,  
que nunca fue de discretos  
arrojarse del peligro  
á los impetus primeros.  
Retirose de su Estado  
á una Quinta, pareciendo,  
que estaban sin flor los campos,  
quando no está Flora en ellos.  
Parecióme esta ocasion  
bastante, y dexando el miedo  
á una parte, y el temor  
á otra, porque son estos

del albedrio del hombre  
dos tropezones, resuelto  
me determiné á coger  
de su flor el fruto bello:  
y aunque tenia amigos muchos,  
y no me faltaban deudos,  
no me quise acompañar  
de ninguno; porque el cuerdo  
para acciones atrevidas  
va solo, por dos respetos:  
porque no sepan su arrijo,  
y no haya en su mal tercero.  
Llegué una noche á la Quinta  
de mi bella ingrata, á tiempo,  
que no hay mortal, que no esté  
rendido ya al dulce sueño;  
con una llave maestra  
que llevata, voy abriendo  
desde la primera puerta,  
hasta el ultimo aposento:  
y en estando apoderado  
de las quadras, fui con tiento,  
y con ingenioso ardid  
de tal manera poniendo  
las puertas de los retretes,  
dó los Pajes, y Escuderos  
dormian, que era imposible  
abirlas, sino es que al suelo  
las abatiesen; mas quando  
de todos llegué al postrero,  
le abrí, y tomando la luz,  
que al de pedernales fuego  
habia encendido, me entré  
con blandos pasos, y lentos,  
hasta llegando dormia,  
sin ningún cuidado, un viejo,  
y asiendole de la mano,  
puesta la luz en el suelo,  
le quité el sueño, y mirando,  
que iba á dar voces, al pecho  
le puse la espada, y dixe:  
que me enseñase al momento.

el retete donde Flora  
rendia parias al sueño.  
Calló al punto; porque es caso  
rigoroso el estar viendo  
la muerte junto á la vida,  
y el vivir en tanto aprieto.  
Dióme las señas del quarto  
de Flora, humilde pidiendo  
le concediese la vida,  
lo qual no hice, que en estos  
y otros casos semejantes  
es lucura, y desacierto  
tener piedad; porque es  
no tenerla de sí mismo.  
Dándole dos estocadas,  
dixé al miserable viejo  
con la sangre que vertia  
matizando el duro suelo.  
Cerré la puerta, y pasé  
al celestial aposento  
(si es justo llamarse así)  
donde Flora sin rezelos  
de tal fracaso dormia,  
aunque su corazón, pienso,  
que quando llegué, con saltos  
se lo estaba ya diciendo:  
boví á cerrar en entrando,  
y llegandome hacia el lecho  
dichoso, por contener  
en su centro á un Sol tan bello,  
estuve con atencion  
una gran pieza suspenso,  
considerando iba á hacer  
un insulto, en la que viendo  
imagen divina, estaba  
tan hermosa, como un cielo.  
Admirado, pues, de ver,  
ó mejor diré, con miedo  
de oponerme á su divina  
honestidad, mas me acerco:  
y apenas toqué una mano  
de azúenas, quando abriendo

dos soles, que encandilaran  
á el Ave de mas imperio,  
recordó despavorida  
entre espantos, y entre miedos.  
Quiso llamar los criados;  
pero le salió al encuentro,  
diciendo, que los dexaba  
en sus propias camas muertos.  
En fin, estube con ella  
mas de un hora debatiendo,  
ya amoroso, ya enojado;  
y ella á todo resistiendo,  
que el animo mugeril,  
quando e tá á un desden resuelto,  
no por ruegos, ni amenazas  
desistirá de su intento.  
Por lo qual considerando,  
que eran las palabras viento,  
remiir quise á la fuerza  
lo que no alcanzaba el ruego.  
Pero apenas con mis brazos  
medí los suyos tan tersos,  
quando se exaltó el pudor,  
y su candor cobró aliento,  
y llamando á sus criados  
con muy destemplados ecos,  
vide por la puerta entrar  
al viejo que creí muerto  
con una espada en la mano,  
y hacia mi se viene, habiendo  
muerto primero la luz,  
dexandome á mi mas muerto:  
y entonces lleno de espanto,  
cercado todo de miedo,  
palpitando el corazón,  
y erizados los cabellos  
dexo su lado, y procuro,  
tirando golpes al viento,  
escapar solo la vida,  
joya, que no tiene precio.  
Mas como era, en fin, castigo  
de mis lascivos deseos,

quantas cuchilladas tiro  
daban todas en el viento;  
y ella no tiraba golpe,  
que no me acertaba el pecho:  
determiné de dexarla,  
y tropezando, y cayendo,  
con el claro de la puerta  
acerté á dar, despidiendo  
por la boca tristes quejas,  
por los ojos llanto inmenso,  
por las heridas abiertas  
de sangre mil arroyuelos.  
Salí de la Quinta así,  
rodeando por momentos  
la cabeza, por si acaso  
alguno me iba siguiendo.  
No quise de aquella suerte  
irme á la Ciudad, temiendo  
el justo enojo de Flora,  
y el peligro, por ser lexos;  
porque iba tan desangrado,  
que si del Bosque primero,  
en un Pastoril albergue  
no hallara tanto remedio  
como el de una pastorcilla,  
la qual con piadoso zelo  
me reparó las heridas,  
y aplicó medicamentos,  
este fuera el día, en que  
hubiera de mis excesos  
dadole la cuenta á Dios,  
y no buena, en aquel tiempo.  
Sabiendo, pues, la pequiza  
rigorosa, que iba haciendo  
Flora en todos sus Estados,  
quise poner tierra en medio.  
De allí á Silicia me vine,

donde del ardiente Febo  
he visto cumplir tres lustros  
por zanas, y paralelos.  
Retirado en esta Quinta,  
en cuyos bosques espesos  
me entretengo en matar fieras;  
porque en sus pechos me vengo  
de aquella, que se mostró  
tan fiera para mi pecho:  
Oy salí al mismo ejercicio,  
permitiendome los Cielos,  
que librase á vuestra Alteza  
de aquel monstruo, que grosero  
iba ya á ser de su vida  
parca fatal, si al encuentro  
no le saliera mi espada,  
que de los ombros tan presto  
le derribó la cabeza,  
que fue saltando un gran trecho,  
mordiendo el suelo, pensando,  
que estaba aun unida al cuerpo.  
Dicha, Señora, fue tuya,  
como mia; porque es cierto,  
que no he tenido jamas  
dicha, sino ha sido en esto.  
Esta es mi historia, no quieras  
saber mas: solo te ruego,  
si acaso de mis desdichas  
se te ha enternecido el pecho,  
no me descubras á nadie,  
pues sabes, que en el secreto,  
si Flora me busca, estriva  
la poca vida, que tengo.  
En mi, quando tu quisieres  
salir á caza, te ofrezco  
un esclavo, que te sirva  
siempre por siglos eternos.

Con licencia: En Córdoba en la Imprenta de Don Rafael García  
Rodriguez, Calle de la Librería.